

REMINISCENCIAS DEL CULTO AL FUEGO Y A LA LUNA EN

SANTA CRUZ DE LA SIERRA

TODOS los pueblos primitivos aunque en principio fueron monoteístas y adoraron por tanto un solo Dios, fueron creando poco a poco un politeísmo maravilloso sin olvidar totalmente aquel Dios primero onnipotente, abstracto y sin representación sensible, jerarquía suprema de los que surgieron después, que fueron innumerables y variados en el Olimpo de cada pueblo.

Los celtas españoles, que bien solos o en unión de los iberos, habitaran en remotos tiempos estos lugares, tuvieron sus dioses propios entre los que no faltarían representantes de las fuerzas de la naturaleza, piedras, árboles, el sol, el fuego, la luna... así como algunos animales: el lobo, la zorra, el cerdo, el toro, tal vez el erizo también. Entre todos estos posibles dioses, dos hay sobre los cuales nos ocuparemos con detenimiento; el fuego y la luna. El culto al fuego ha sido común a todos los pueblos primitivos, parece cosa cierta que los celtas e iberos trajeron este culto a España de allá de su tierra y origen: el Asia. Aquí lo siguen practicando y dándole tal importancia que el hogar es el centro de la casa. Las familias debían mantener vivo el fuego del hogar en cuyas llamas se encontraba el espíritu divino. Era el fuego divinidad medianera entre el cielo y la tierra y para tener propicia a la divinidad desviando su cólera y atraernos sus favores se le hacían ofrendas. Fuera de la casa también se daba culto al fuego, grandes hogueras iluminaban las montañas en las noches de plenilunio en torno de las cuales giraban danzando y cantando himnos los coros de los clanes. El fuego espiritualiza y purifica el alma de los muertos al tiempo que destruye su envoltura corporal cuando son lanzados a la pira en torno de la cual danzan y giran parientes y amigos invocando a los dioses lares, conjurando a las lemures y alabando al difunto. Todos los años en el solsticio de verano verificábase con gran solemnidad la purificación del fuego.

La luna es diosa infernal para unos, lugar donde iban las almas después de la muerte para otros, de lo cual se desprende claro y terminante su calidad de diosa en los antiguos cultos peninsulares. Decía Plutarco: «entre todos los dioses visibles hay que venerar, en primer término, a la luna por ser la que ejerce mayor influjo en nuestra vida. Estrabón refiriéndose a los celtíberos escribía»; reco-

nocen una deidad sin nombre a la cual tributan homenaje formando cada familia en los plenilunios, delante de las puertas de sus casas y durante la noche coros de danzas, que se prolongan hasta por la mañana.

Siendo muy posible que la diosa objeto de adoración fuera la luna, adorada conjuntamente con el fuego, como ocurría en otros pueblos que con un soló ceremonial daban culto a los dioses.

El culto a la luna persistió con los pueblos colonizadores y con los conquistadores romanos, en la época del Imperio muchas estelas llevan grabada una media luna símbolo funerario que haría propicia el alma del difunto para aquella divinidad.

El cristianismo ha de enfrentarse con estas creencias condenándolas y tratando de hacerlas desaparecer, sin que se adelantara mucho en este sentido ya que en la época de los Concilios de Toledo se anatematiza con frecuencia y sin éxito contra estas manifestaciones de los antiguos cultos peninsulares. Al final ha de conseguirlo, pero no de tal forma que dejen de llegar hasta nosotros, con reminiscencias ancestrales, aflorando en costumbres, fiestas... supersticiones, arraigados aún en muchos de nuestros pueblos, tales el caso de:

LAS CHOZAS DE LA VELA EN SANTA CRUZ DE LA SIERRA



El día 13 de Septiembre, víspera de la festividad del Santísimo Cristo, antes del anochecer se construyen en la plaza y bajo la dirección del sacristán y de los guardas, dos chozas, los cuales se hacen de cañas, pajas y estopas de lino y se los coloca en la plaza frente a la puerta de la iglesia. Los niños y los mozos encienden unos «japos» o «guisopos» hechos con una caña rematada en una bola de

«estacco» de lino, que prendido fuego hace de antorcha, con ella encendida corren y recorren el ámbito de la plaza. Esa noche sale en procesión el Santísimo Cristo. En el momento de abrirse la puerta del templo para dar salida a la procesión, un guarda del Ayuntamiento prende fuego a uno de los chozos que en breve se convierte en descomunal hoguera, por cima de cuyas llamas saltan en cabriolas fantásticas los mozos del lugar.

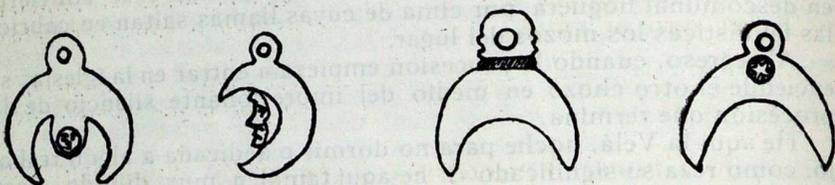
Al regreso, cuando la procesión empieza a entrar en la iglesia, se enciende el otro chozo en medio del impresionante silencio de la procesión que termina.

He aquí la Velá, noche para no dormir o dedicada a algún trabajo, como reza su significado. Y he aquí también muy diluido, pero superviviente aún con significación de festividad local, coincidiendo con festividad religiosa cristiana, el antiguo culto al fuego. Nadie que contemple estas hogueras puede dejar de pensar en las llamas que se erguían hace siglos en lo alto de las montañas, en honor del fuego y de la luna y que al cristianizarse estas tierras no desaparecieron totalmente. Llevamos nuevos siglos sometidos a estos cultos y divinidades para que en un momento pudiéramos darlas al olvido. Esto fué labor del tiempo. La nueva doctrina empezaría por suprimir los sacrificios y demás ceremonias sangrientas, dejando que la otra parte del culto fuera cayendo en desuso hasta relegarlas al olvido. Algunas sin embargo, pervivieron a través de los tiempos, ligados incluso a festividades del culto cristiano. Aquí en Santa Cruz tenemos los Chozos de la Velá, reminiscencia indiscutible del antiguo culto al fuego y a la luna que se rendía en las noches de plenilunio en lo alto de los Riscos de la sierra, donde antiguamente estuvo asentado el pueblo origen de Santa Cruz. Y no sería aventurado afirmar que el hoy desaparecido baile de pandereta que hasta no hace muchos años se practicaba diariamente y al anochecer en la Plazuela del Fraile, donde se cantaba y se bailaba al son del pandero o pandereta que tocaban últimamente los «Espinás»,—familia esta a la que estuvo vinculado muchos años este menester.—fuera reminiscencia de aquellos coros de danzas que giraban alrededor del fuego en honor de él y de la luna. Tendríamos entonces, que el fuego, la divinidad, lo esencial, quedó con el tiempo adscrito a ceremonias religiosas, y el coro y las danzas, lo accesorio, la forma externa del culto, pasó a regocijos profanos que terminan en el baile y en el canto a que hacíamos referencia.

LAS MEDIAS LUNAS

Dicen las madres—algunas—que la luna coge a los niños y les causa graves males. Muchas fiebres y trastornos de los niños son achacados a la luna. Cuando el lactante está enfermo es muy frecuente oír frases como ésta: «Mañana es luna» «Es que le ha cogido la luna», y apelo aquí al testimonio de los médicos que en más de una ocasión han de enfrentarse con esta superstición. Para evitar estos maleficios cuelgan del pecho de los niños una media luna de

tamaño pequeño, fabricada de metal. He visto muchas hechas con monedas antiguas de diez céntimos y algunas ensartadas juntamente en un collar con dientes de erizo o metidas en una bolsa, con una pequeña cruz hecha de madera de morera y todo ello colgando del



- Medias Lunas -

- Santa Cruz de la Sierra -

cuello del lactante. ¿Formaría el erizo en el Olimpo local de la época? Las medias lunas suelen llevar grabadas una cara y algunas una cruz, por donde vemos una vez más que el cristianismo, no pudiendo desarraigar totalmente la creencia, imponía el sello de su simbolismo. He aquí otra reminiscencia que llega a nuestros días del culto a la luna, «Astro convertido en divinidad y que influía en nuestra vida», y a la que los antiguos debían guardar profundo temor y respeto al objeto de evitar su cólera, que llegaría a alcanzar incluso a los niños; a los que protegían de sus maleficios colgando de su cuello la efigie de la diosa temida.

ANTONIO MENA OJEA

Santa Cruz de la Sierra, Octubre 1953.



TRES PINTORES DE LOS SIGLOS DE ORO DE ESPAÑA

El Greco, Velázquez y Juan de Arellano

EL GRECO

I

LA ANUNCIACION

Un vuelo atormentado llena entera.
la dormida quietud que hay en la estancia...
En el vidrio se quiebra la fragancia
con que adornan los lirios su cimera...
«Ave»; te dice el Ángel con sincera
adoración, rendido a tu prestancia,
y, el mandato de Dios como óleo y cera
en tu ánfora gentil, seguro escancia...
Gozo, pasmo, temor y asombro mudo
atan tu voluntad como en un nudo,
que es tierna sumisión en tu mirada...
El lienzo en el cestillo está despierto,
y un pensamiento sobre el libro yerto,
rasga tu carne en rosas, deshojada.

II

LA ASUNCION

Dejas abajo, cual reflejo tuyo
rosa, ciprés, espejo, palma y fuente,
y, con blando rumor y leve arrullo
los ángeles te empujan, blandamente.